

Denina.
1731-
1813.

Cárlos Denina, de Rebello, en el Piamonte, habiendo criticado en una comedia los métodos de enseñanza, fué separado de su cátedra por los Jesuitas, con lo cual adquirió reputación. Sus *Revoluciones de Italia* que el rey Carlos Manuel III hizo imprimir á pesar de la censura, son la primera historia completa de aquel país: la narración es mala, pero exacta en los hechos, y no le falta penetración para distinguir las causas y las consecuencias; está llena de digresiones como á la sazón era costumbre, y es mas religiosa y ménos filosófica de lo que entonces se usaba. Inferiores á esta obra son las *Revoluciones de Alemania*, y aun peores las *Vicisitudes de la literatura*.

Francisco Settimani fué perseguido por Cosme III y desterrado á diversos puntos porque imprimió en Colonia las Historias de Varchi y de Nardi y escribió varias cosas contra los Médicis. Desterrado para siempre de Toscana, despues de treinta años de ausencia, quiso volver, y habiéndolo conseguido en 1744, escribió la historia de las virtudes y de los vicios de los Médicis, donde habla de estos tan escandalosamente que la obra quedó inédita. El gran duque Leopoldo dió á Riguccio Galluzi el encargo de escribir la historia del principado de los Médicis, facilitándole los archivos, siendo su principal objeto que expusiese las controversias con la corte romana. Carlos Antonio Marin, de Brescia, tuvo un bellissimo tema en la *Historia civil del comercio de los Venecianos* (1798), obra importante y rica, aunque no siempre exacta. Jacobo Filiasi escribió *De los Venetos primeros y segundos*, confirmando la historia con observaciones geográficas y físicas, y añadiéndola observaciones sobre el comercio y las artes de Venecia.

Melchor Delfico, ya mencionado al ilustrar las antigüedades de Adria-Picena, sostuvo que habia sido indígena y floreciente la antigua civilización itálica, y que los Tirrenos y Pelasgos no eran mas que un solo pueblo. En el prefacio á la *Historia de San Marino* (1805), indicó que creía que la historia es « contraria á los felices progresos de la moral, haciéndonos ver siempre los anales de la virtud frente á frente de los voluminosos diarios del vicio y del error, » desenvolviendo esta tesis en los *Pensamientos acerca de la incertudumbre y de la inutilidad de la historia*, donde repite las objeciones hechas á esta ciencia por la escuela enciclopédica. Dejó inédito un *Ensayo filosófico acerca de la historia del género humano*, donde admitiendo como natural la sociabilidad, investiga las primeras formas civiles, la formación de los gobiernos y el origen de los cultos con generalidad no despreciable.

El marques Francisco Ottieri, Florentino, paje de Cosme III, refirió las guerras acaecidas por la sucesión española, pero dejó la obra sin concluir. Castruccio Buonamichi, de Luca, escribió la guerra itálica entre los Austríacos y Cárlos III, en un latin elegantísimo. mostrán-

dose enemigo del Austria, contra la cual habia combatido. Angel Fabroni, Florentino, compuso veinte volúmenes de vidas de Italianos ilustres, en latin, que son citadas continuamente por esos autores modernos que quieren aborrase el trabajo, pero no la vanagloria de juzgar por sí. Fabrini dice que espera « no se le acuse de impudente por dedicar á José II la Vida de Lorenzo de Médicis; » y promete no perdonar sacrificio á fin de que el diario de los literatos « se crea digno del príncipe á quien se dedicaba. »

Marcos Foscarini, dux de Venecia, el último año de su vida aprendió la política en las embajadas que desempeñó en las diversas cortes, y acerca de ella dió importantes noticias, siendo singularmente curiosa su *Historia secreta de la corte de Viena* (1): su *Historia de la literatura de Venecia*, aunque no completa, es obra importante, rica en documentos nuevos, con buena crítica y estilo mas vigoroso del acostumbrado (2).

Monseñor Justo Fontanini, del Friul, tan acérrimo sostenedor de los derechos papales, que llegó á merecer la desaprobación de Roma, se atrajo el odio y los ataques de muchos literatos y escribió la *Historia de la elocuencia italiana*, obra de mas erudición que juicio. Angel Quirini, obispo de Brescia, á la fabricación de cuya catedral contribuyó poderosamente, ilustró la literatura de esta ciudad en el siglo xv, las Cartas de Reinaldo Polo y la Vida de Pio II, y ademas compuso varias obras de controversia (3). Eduardo Corsini es citado entre los mejores cronologistas é ilustró los Fastos áticos y las Olimpiadas de una manera tal que no ha sido superado, y lo mismo la serie de los prefectos de Roma. El padre Juan Bautista Martini, de Bolonia, compuso la *His-*

(1) « He compuesto en Viena la *Historia secreta de Cárlos IV emperador*. Esta obra va dirigida á poner de manifiesto los desórdenes que nacieron en aquella corte por haberse introducido un gobierno de Españoles, que siguieron á su príncipe cuando partió de España para venir á tomar la corona imperial. En ella se descubren los méritos, por los cuales amó tanto César á los Españoles, y principalmente á los Catalanes, hasta el punto de llevar consigo un pueblo infinito de ellos á Viena y de confiarles el consejo de Italia, dando á los restantes pensiones y otras liberalidades. Refiérense tambien las rivalidades originadas por esto en la corte entre las dos facciones alemana y española, la corrupcion, las dilapidaciones, los desórdenes en la administración de los fondos que corrompieron de tal modo el gobierno, y debilitaron tanto las fuerzas de la casa de Austria, que al comenzar la guerra de 1733 por la muerte del rey Augusto, la potencia austríaca no pudo sostener por mucho tiempo aquella opinion de predominio que de ella tenían todas las cortes, de las cuales no eran bastante conocidos los males que la habían devorado en el interior ». *Archivo Storico*, tomo V, pág. 17.

(2) Habiendo Tartarotti, con el cual estaba enemistado, dispuesto una crítica de esta obra, Foscarini no solo hizo prohibir la impresión de la reforma veneta, sino que consiguió que María Teresa obligase á la alta cámara del Tirol á suspenderla.

(3) Voltaire le alabó muchas veces y entre otras con esta mas insulsa que profana estrofa:

C'est à vous d'instruire et de plaire;
Et la grâce de Jésus-Christ
Chez vous brille en plus d'un écrit
Avec les trois grâces d'Homère.

toria de la mimica, pero se limitó á la hebraica y á la griega, y aborreciendo la afeminación de la de su tiempo, principalmente la religiosa, aconsejaba que se le diese su sencillez primitiva.

1695-
1756.

Javier Quadrio escribió la *Historia y razon de toda poesia*. Este argumento habia sido ya tratado por Muratori en la *Perfecta poesia*; pero este atiende á la causa eficiente, y Quadrio al sujeto de la poesia; aquel sobresale en la teoría, este en las finas observaciones acerca de las formas y en la erudición, aunque demasiado recargada. Define la poesia diciendo que es « la ciencia de las cosas divinas y humanas, expuesta al pueblo en imágenes, y con palabras sujetas á cierta medida, » y por reglas señala la autoridad, el uso y la razon. De los Jesuitas expulsados de España y llegados á Italia, fueron muchos los que allí adquirieron ciudadanía literaria escribiendo en italiano y de las cosas italianas. Uno de estos fué Juan Andres de Valencia, que en el *Origen y progreso de toda literatura* aventuró juicios que no eran los vulgares; dió á conocer á los Árabes, á quienes idolatraba; pero el lector despues de leer aquellos trabajos volúmenes saca muy poco provecho, porque no encuentra con los ejemplos la manera de juzgar por sí mismo.

Tira-
boschi.
1731-94.

Jerónimo Tiraboschi, de Bérgamo, hombre de grande erudición, de excelente corazón, y de muy buenas intenciones, en la *Historia de la literatura italiana* (1772-82) aclaró puntos difíciles, comprobó las fechas, reivindicó para sus verdaderos autores la originalidad de las obras, leyó con conciencia aquellas de que habla, pero no se inspiró con ellas; no nos informa acerca de las opiniones de los escritores ni del mérito relativo; no presenta casi nunca una opinion propia; no agrupa convenientemente las ciencias ni los autores; confunde el genio con la medianía; no se eleva nunca á aquellas grandes regiones de la crítica, donde pueden comprenderse la unidad armónica y el significado real de las obras de un escritor, y por eso, diciendo que se ha propuesto « escribir acerca de la literatura, no de los literatos de Italia, » llega á resultados contrarios. Muchos le impugnaron con acritud innecesaria, y aquel cándido bibliotecario, doliéndose del modo con que habia sido atacado, se abstuvo de contestar en el mismo tono, y á veces se confesó vencido, pero con la flaqueza del que vacila entre dos opiniones, ó reputa mejor la última que abraza (1). Pero su obra, de la cual tanto nos hemos valido, será siempre un excelente material.

717-65.

Juan María Mazzuchelli, de Brescia, ideó un diccionario de los literatos antiguos y modernos de Italia. Pero no terminó sino las letras A y B, si bien cada artículo de estas puede decirse que está completo. El orden alfabético le obligó á aislar á cada escritor de sus con-

(1) Siento no poder corresponder á su galantería dando la razon á ambos, III, 434.

T. VI.

temporáneos; no se extendió en las opiniones particulares y se detuvo en frívolos pormenores biográficos, mientras que omitia el dar una idea de las obras. Su *Ensayo sobre el arte histórico* de Galeani-Napione (1773) reproduce ideas de los Franceses, especialmente de Rapin, D'Alembert y Henault.

De otros muchos hablarémos al tratar de las ciencias; pero siquiera por el título presuntuoso de su obra, mencionaremos á Bertola, autor de una *Filosofía de la historia*. Bertola, rebajando el mérito de los Ingleses y Franceses, cree que los métodos mas seguros son los de los Italianos, pero no los define. En su primer libro trata de las causas, en el segundo de los medios, y en el tercero de los efectos; y causas llama los climas, las instituciones, las religiones, los gobiernos, las costumbres, la política; amplificaciones sobre los temas conocidos de Maquiavelo, Bodino y Montesquieu. Los medios son otras causas secundarias como las guerras, el comercio, las colonias, las artes y ciencias, los caracteres, todo lo cual lo reúne confusamente lo mismo que los títulos y párrafos compuestos de reflexiones vagas. Despues hace el *análisis de los efectos* en cinco capítulos, los siglos florecientes, las conquistas, la decadencia, las revoluciones, las ruinas; y concluye asegurando la perfección actual de los sistemas políticos, la cual dice que garantiza á los pueblos contra todo trastorno, quedando pocas reformas que hacer, y esas tranquilas, y no siendo ya de temer en Europa la Revolución. Esto escribia en 1787.

CAPÍTULO XXXII

Erudición. — Antigüedades. — Numismática.

No faltó quien cultivase el latin, principalmente en Italia y en Alemania; Jacobo Faciolati lo empleó con mas pureza que otro alguno; escribió los *Fastos de la universidad de Padua*, obra descarnada, y comenzó el *Diccionario de la latinidad*, mas completo que el de Egidio Forcellini, tambien Paduano (1). Los Jesuitas tuvieron latinos ilustres. Jerónimo Lagomarsini trabajó toda su vida para preparar una edicion de Ciceron, pero no encontró quien le anticipase los gastos; con todo, publicó las *Epistolas*, edicion de Julio Pogiano, con multitud de notas. Ragusa, célebre siempre por sus latinos, produjo á Benedicto Stay, Cárlos Nocelli, Boscovich, que pusieron en verso la filosofia cartesiana y newtoniana, el iris, la aurora boreal y los eclipses; á Bernardo Zamagua, que tradujo la Odisea, Hesiodo y otros autores Raimundo Cunich, que publicó la version latina de la Iliada, castigada y pura, siendo hom-

(1) Fué de mas utilidad para los estudiantes el del Turines Pasini: la gramática latina de Fernando Porretti, Paduano, fué adoptada en todas las escuelas.

19

- bre buenísimo, que alentaba á la juventud y juntamente aplaudia y lloraba con Nicolas de las Lastes, fué un delicado poeta latino; pero alcanzó mas fama Julio César Cordara, que bajo el nombre de Lucio Settano publicó disertaciones contra los falsos eruditos, y despues églogas militares y otros trabajos. Angel Delci, Florentino, conocido por sus briosas sátiras italianas, escribió en latin quizá mejor que en su idioma patrio. Estéban Morcelli, de Brescia, fué el príncipe de la epigrafía latina por sus preceptos y sus ejemplos.
1788. Los *Ejercicios vitruvianos* de Juan Poleni contribuyeron á la inteligencia de la arquitectura latina. Bianconi publicó cartas sobre el circo máximo y otras sobre Celso, suponiéndolo con mas extravagancia que fundamento contemporáneo de Augusto: ademas refirió sus viajes á Alemania. Monseñor Guarnacci, de Volterra, en los *Origenes itálicos* pretendió que la Italia habia sido la cuna de la civilizacion. El Turines Paciaudi formó coleccion de antigüedades cristianas y de Velleja, cuyas ruinas acababan de descubrirse entónces; promovió la fundacion de la universidad y biblioteca de Parma, y compuso la historia de la órden de Malta. Dedicábase á la sazón á las antigüedades sagradas toda la atencion que merecian, y acerca de ellas escribieron Boldetti, Bottari, Mamachi, Buonarroti, Marangoni y Ciampini.
- Passeri. Juan Bautista Passeri examinó últimamente las antigüedades etruscas; explicó las tablas eugubinas y la lengua de los Etruscos, si bien algunas veces se dejó llevar demasiado de su imaginacion. Monseñor Marini esclareció los puntos relativos al papiro y á los sacerdotes de Cérés y Baco, llamados los *Hermanos Arvaes*, y de paso trató de muchas otras materias concernientes á la antigüedad. Mazzochi, de Capua, fué llamado el portento de erudicion, porque ilustró el admirable anfiteatro de su patria y otros muchos puntos, especialmente explicando las dos tablas herácleas; y por último, publicó el precioso *Spicilegium biblicum*, dando lecciones sobre la Biblia en la universidad de Nápoles. Luis Lanzi trató de los Etruscos, dando á todas sus cosas un origen griego. Demspster habia comenzado á formar un museo etrusco, y el senador Felipe Buonarroti tuvo la fortuna de poder aumentarlo mucho con nuevos descubrimientos. Iniciado por él, Gori, buen helenista, se apasionó de aquel antiguo pueblo, de tal modo que no habia artes ni costumbres que no creyese procedentes de Etruria. Mucho le deben la anticuaria y la epigrafía, en cuyos conocimientos fué auxiliado por Juan Lami, de Valdarno, hombre eruditísimo y jovial, amante de la belleza y de los placeres, que defendió las decisiones del concilio de Nicea respecto al *Lógos*, contra Le Clerc y los socinianos (1); en el libro *De Eruditione apostolorum* demostró que estos eran tan ignorantes que no pudieron
- 1770.

• De recta patrum nicenorum fide, 1730.

tomar de Platon la idea de la Trinidad; habiéndose puesto en pugna con los Jesuitas, los motejó con sátiras latinas é italianas de poco valor; fué para él peor campo de lucha las novelas italianas, publicacion semanal de tal procacidad que fué suprimida; y en sus *Delicia eruditorum* publicó muchos tesoros de la biblioteca de Ricardi. Quería tambien escribir la historia de la Iglesia de Oriente, pero le faltó colorido al dibujo.

El estudio de la antigüedad recibió grande impulso á consecuencia de los multiplicados descubrimientos y viajes que por entónces se hicieron. Ademas de Herculano y Pompeya, se descubrieron en un bosque en 1752 los templos de Pesto; en 1761 los restos de Velleja, arruinada en el siglo iv; príncipes y papas hacian excavaciones en la quinta de Adriano y en otras ruinas; d' Hancarville, Wheler, Choiseul-Gouffier, Spon, Revet, Stuard... revelaban las artes de Grecia, y Chardin, Norden, Pockoke y Niebuhr las de Arabia, Egipto y Palmira; en 1726 se fundó la Academia de Cortona, en cuyos anales se ilustró la civilizacion etrusca; en 1733 la Academia colombaria de Florencia tambien para el estudio de las antigüedades, y ademas la herculana.

La anticuaria entónces, cesando de ser una curiosidad ó un campo de hipótesis sutilezas, aprendió á abandonar las observaciones accesorias, que no nacen de la inspeccion del monumento ni lo ilustran, y á no complacerse en acumular las citas; y ayudada por la filosofía, se hizo intérprete de las religiones, de la política, de la civilizacion. Winckelmann, hijo de un zapatero de Brandeburgo, desprovisto de medios, pero aficionado al estudio, logró al cabo de muchos esfuerzos ver á Roma, donde la proteccion de los cardenales Archinto y Albani le abrió el camino de una gloria inmortal, hasta que un asesino le quitó la vida en Trieste. Dirigió sus investigaciones arqueológicas á examinar todo lo concerniente á las artes del dibujo, del cual publicó una historia (1764), tomando este nombre en el sentido griego de sistema, y considerando la existencia del arte, no los sucesos de los artistas. Es notable la exposicion que hace en su prólogo de los errores fundamentales de sus predecesores; conjeturas temerarias; obras recientes tomadas por antiguas; aseeraciones fundadas en remiendos hechos por gente inexperta; descripciones dadas mas bien para deleitar que para instruir; desvarios de viajeros que habian visto á la ligera lo que referian, y errores de dibujantes. Winckelmann vió las cosas por sí mismo, y creía que el estudio de la antigüedad no era digno del sabio, si no iba dirigido á mejorar el gusto y á ilustrar la historia de la humanidad. Es verdad que tambien él incurre en muchos errores de hecho; que su método es poco ordenado; que en las descripciones de monumentos afecta erudicion, y que toma á veces un tono de inspiracion que no le está bien; sin

1692-
1763.

embargo, agradan el entusiasmo que muestra por lo bello, y su elocuencia que rivaliza con su pensamiento de artista. Tambien el conde de Caylus caminó por esta senda, superando tanto á Winckelmann como artista cuanto le era inferior como erudito, y dedicándose á pequeños trabajos, al paso que Winckelmann tuvo ocasion de emplear su actividad en los grandes. Caylus, en el arte antiguo, no ve mas que el lado industrial y voluptuoso, y la manera con que copió los monumentos, demuestra que no comprendió su importancia. Él fué el que enseñó á separar los bronceos de los mármoles y á disponerlos segun los tiempos, los lugares, los sujetos, y tambien el que proporcionó á Winckelmann felices comparaciones é hipótesis razonadas.

Heyne.
172-
1812.

El Sajon Cristiano Heyne habia permanecido siempre trabajando en el telar de su padre, si un padrino suyo no hubiese pagado tres sueldos por semana á un dómine para que le enseñara el latin. Otros lo socorrieron despues, y así llegó á ser insigne humanista, no sin haberle escaseado el pan en todo este tiempo. Despues de haber sido escribiente de la biblioteca del benéfico ministro Bruhl con 100 escudos de sueldo, y luego catedrático en Gotinga, comenzó á dar muestras de sí interpretando los autores, no con las acostumbradas minuciosidades filológicas de mera erudicion, sino investigando su poesia, su gusto, sus bellezas. Esto le condujo á considerar la mitología como un depósito de símbolos y tradiciones de pueblos y tiempos diversos, y á indagar las alteraciones de la idea primitiva, á fin de que pudieran suplir los defectos ó la falta completa de la historia. Estudió los monumentos con ménos imaginacion que Winckelmann, pero con mas criterio y mas conocimiento de autoridades, fundándose en nociones positivas, no en brillantes hipótesis; corrigiendo muchísimos errores históricos de aquel en punto á las épocas de las artes, y refutando las razones con que habia explicado su progreso y decadencia. Tambien se dedicó á estudiar los monumentos etruscos, en cuanto era posible entónces, y todavia mas los bizantinos. Las preciosas ediciones que hizo de Tibulo, y especialmente de Virgilio, le conquistaron un puesto superior á todos, por la manera con que supo ilustrar los puntos oscuros en sus disertaciones á la Academia de Gotinga, de cuya universidad logró desterrar el espíritu ergotista y las sutilezas nuevas, dándole así una sólida reputacion que la protegió contra el furor guerrero.

Faltaba un hombre que abrazase todo el arte en su conjunto para revelar la idea, el tiempo y el mérito de cada obra, seguir las alternativas del gusto y leer en los monumentos la historia de la humanidad. Este nombre fué Ennio Quirino Visconti (1751-1818), que habiendo mostrado desde niño una memoria maravillosa, en breve reunió en su mente tal tesoro de conocimientos, que pudo recorrer con paso seguro la

E. Q.
Vis-
conti.

historia de la antigüedad en todos sus ramos. Cuando las excavaciones hechas en Herculano y Pompeya despertaron en Italia, y mas principalmente en Roma, la afición á nuevos descubrimientos, Clemente XIV pensó en reunir las riquezas arqueológicas, comprando las que andaban diseminadas y buscando otras nuevas, y puso á Visconti á la cabeza del Museo que lleva su nombre y que fué completado con generosa munificencia por Pio VI. Visconti, en la *Explicacion del Museo Pio-Clementino*, mostró que reunia á su erudicion indisputable el arte de exponer con claridad lo que á primera vista parecia misterioso, de evitar las pomposas digresiones y de limitarse á lo que ofrece de particular cada obra. Inventó el método de ordenar los monumentos, poniendo primero las divinidades del cielo, de los mares, de la tierra y de los infernos; luego los héroes, los monumentos de la historia antigua y romana, los sabios, los filósofos, los doctos; y en fin, lo concerniente á la historia natural, á las costumbres y á las artes, siguiendo en cada clase el órden de antigüedad y de mérito. Ilustró despues lo relativo á los sepulcros de los Escipiones, descubiertos en 1780; á las ruinas de Gabies, excavadas bajo los auspicios del príncipe Borghese, cuanto se descubria de nuevo y cuanto en materia de descubrimientos antiguos habia recibido interpretacion errónea. Cuando Francia arrebató á Italia sus riquezas artísticas, Visconti fué á Paris con el nombramiento de conservador del Museo y lo arregló todo segun su método. En Paris continuó sus tareas y compuso una *Iconografía griega y romana*, coleccion de retratos auténticos que le fué encargada por Napoleon, el cual mandó hacer de ella una coleccion magnífica, y regaló ejemplares á las personas que el autor le indicó: nueva y delicada especie de generosidad.

Los estudios orientales, cultivándose tan solo con objetos religiosos, estaban reducidos al hebreo y al árabe, de cuyos idiomas habian procurado siempre los papas que hubiese cátedras en las universidades; el concilio general de Viena (1311) lo prescribió así para formar misiones entre los Judíos y musulmanes; ademas las cuestiones suscitadas por la Reforma aumentaron el número de los orientalistas aun fuera de Italia y entre otras clases ademas del clero, y Guillermo Postel en 1538 publicó en Paris alfabetos de las lenguas hebrea, caldea, siria, samaritana, árabe, india (etíope), griega, georgiana, servia, ilírica, armenia y latina (1), con la idea de reducir á la unidad muchas lenguas, anticipando la filología comparada. En 1555 Conrado Gesner en el *Mitridates* dió noticia de ciento treinta idiomas y dialectos, é insertó la oracion dominical en veintidos lenguas, enriqueciendo su obra con abundantes comparaciones. Á este mismo intento se diri-

(1) «Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum, introductio ac legendi modus longa facilissimus.»

gieron la introducción á las lenguas caldea, siria y armenia de Ambrosio (1539), natural de Lomell, y el comentario *De ratione communi omnium linguarum ac litterarum* (1548), escrito por el Suizo Bibliander (Buchmann). El cardenal Richelieu compró por medio de Brebes, embajador en Constantinopla, para la imprenta real, bellísimos caracteres orientales, é hizo preparar muchos libros para los misioneros. Claudio Duret (1) trató del origen, belleza, perfección, decadencia, cambios y conversiones de cuarenta y cinco idiomas, citando hechos curiosos aunque inexactos. Samuel Bochart (2) con grandes conocimientos trató de investigar el origen de los pueblos, siguiéndoles en su dispersión. Son también notables los trabajos de David Michaelis, profesor en Gotinga, acerca de la exégesis bíblica. Jorge Crucijer en 1629 escribió acerca de la armonía de las lenguas hebrea, griega, latina y alemana; y Luis Thomassini, de la congregación del Oratorio, pretendió reducirlas todas á la hebrea (3). En Amsterdam se publicaron también diccionarios javaneses y malayos, y Erpenio dió una gramática árabe, que ha sido la mejor hasta la publicación de la de Sacy. En Inglaterra, además de los que se dedicaban al estudio del hebreo, adquirían renombre Pockoke como traductor de Abulfarax, é Hyde que escribió sobre la religión de los Persas.

En Italia Gregorio XIV hacía fundir caracteres orientales é imprimir muchas obras. Clemente XI compró muchísimos manuscritos orientales á Abrahán Echelense; otros árabes, coftos y etiípicos á Pedro della Valle, y encargó á José Simon Assemani, natural de Trípoli, que había vivido siempre en Roma entre los Maronitas, la redacción del catálogo de manuscritos sirios y arábigos de la Biblioteca Vaticana (4), y otras tareas de erudición oriental. Adler se dedicó á las antigüedades cúficas, y Munster y Ungarelli estudiaron las cofto-menfíticas: el colegio de la Propaganda con la biblioteca que le estaba aneja favoreció estos estudios. El *Oedipus aegyptiacus* del Jesuita alemán Kircher, publicado en Roma, fué el primero que llamó la atención hácia los jeroglíficos, inventados en concepto del autor por los sacerdotes para tener ocultas sus doctrinas; misterios que el padre Kircher pretendió explicar con cierta charlatanería. Jablonski, su compatriota, continuó la obra en el *Panteon egipcio* (1750), en la cual, ateniéndose á la idea del Inglés Wilkins, escudriñó el sistema religioso de Egipto, interpretando por medio de la lengua cofta los nombres de las divinidades, mientras de Guignes pretendía explicar los jeroglíficos con el auxilio

1809.

(1) *Trésor de l'histoire des langues de cet univers*, 1613.
 (2) *Geographia sacra*, 1673.
 (3) *Méthode d'enseigner et d'étudier chrétiennement la grammaire ou les langues, en les réduisant toutes à l'hébreu*. Lida, 1693, 2 vol. en 8º.
 (4) *Bibliotheca orientalis Clementino-Vaticana*. Roma, 1719-28, 4 tom. en fol.

del chino. Jorge Zoega, discípulo de Heyne, enamorado del griego y de las antigüedades se trasladó á Roma desde la Jutlandia, su patria, y habiéndose hecho Católico, ordenó los manuscritos del Museo Borgiano, imprimió las medallas egipcias y recibió de Pio VI el encargo de explicar los obeliscos de Roma, lo cual hizo en una obra cuyas aserciones han sido desmentidas por los descubrimientos sucesivos. Para componerla, estudió la lengua cofta, y sus estudios lo condujeron á presumir la existencia de un elemento fonético en la lengua sagrada.

Los Jesuitas entretanto habían dado á conocer el chino, trayendo á Europa y traduciendo los libros sagrados y alguna otra obra maestra literaria de aquel imperio; bajo este concepto son dignos de elogio los padres Gaubil, Amyot, Premare y la *Notitia linguæ sinicæ* de este último, que es un tratado de literatura sacado de riquísimos ejemplos, el mejor que hasta ahora se ha publicado por los Europeos. Fourmont, por orden de Luis XIV y auxiliado por una jóven china, formó un diccionario y una gramática de dicha lengua, é hizo fundir cien mil tipos y reunió numerosos datos acerca de libros chinos é indios. Freret, su discípulo, erudito universal, anotó treinta y dos diccionarios, clasificando los idiomas y buscando su origen, relaciones y genio gramatical, de cuyos conocimientos se valió para su disertación acerca de los principios generales del arte de escribir. El padre Gervillon fué el primero que dió á conocer en Europa el manchú (1); el Danés Ziegenbald en 1716 publicó una gramática tamula; el Italiano Veschi compuso en aquella lengua obras para difundir el Cristianismo. El padre Pons dió en 1740 la primera noción del sanscrito, admirando el análisis gramatical de los brahmanes y mostrándose versado en su filosofía. Algunos misioneros conocían tan bien la lengua india, que compusieron en sanscrito el *Ezur Vedam* que los enciclopedistas creyeron obra original y de una antigüedad de cien siglos: otros escritores dieron noticia de las opiniones de aquel país.

El padre Giorgi, en el *Alphabetum tibetanum* (1762), fué el primero que nos dió noticias del Asia Central, y su libro fué el único que tuvo la Europa sobre esta materia, hasta que en 1826 Schröter publicó su gramática, y despues Cosme de Körös dió á luz la suya, aun mejor, en 1834. Estéban Borgia, que vendía hasta sus alhajas de plata para comprar curiosidades, sobre todo si eran de las que enviaban los misioneros de lejanas tierras, formó con ellas un museo en Velletri, é hizo imprimir el *sistema bramanicum* del padre Paulino de San Bartolomé, de donde se mostraban los puntos de semejanza de la mitología bramánica con la de otros países.

Entretanto los misioneros por motivos de religión y los Ingleses por motivos de comercio

(1) *Elementa linguæ tartaricæ*, 1688.

investigaban los secretos de la India, y la necesidad de conocer las leyes y costumbres de un pueblo á quien querían no solo conquistar, sino también gobernar, los impulsó á investigar y revelar su lengua y su riquísima literatura. Hastings fundó en Calcuta una Academia oriental (1784), la cual publicó las *Instituciones de Akbar* por Gladwin, las *Leyes de Manú* por Jónes, y por último una serie de obras en que el mismo Jónes, Wilkins, Colebrooke, Prinsep y Wilson sacaron á luz lo mas florido de la literatura y filosofía indias: y en Lóndres se fundó una sociedad para vulgarizar las obras mas importantes, á pesar de la oposición del clero anglicano, que juzgaba peligrosa semejante propagación.

1725-1784.

De los conocimientos reunidos quiso formar una gran síntesis Court de Gebelin (1), para mostrar los progresos de la humanidad. Este autor en la mitología antigua no ve mas que símbolos de religión; formó una gramática universal con muy pocos documentos, intentando sin embargo fundar la filología comparada. Tratando de la historia natural del idioma y de la escritura, refuta los sistemas precedentes, pero no presenta uno bueno; y conociendo la importancia de la etimología, sabe separar la raíz de los afixos y observar que algunas proposiciones y terminaciones tienen siempre ó dan un mismo valor en todas las lenguas.

De Guignes, conocedor de muchas lenguas, en la *Historia de los Hunos* (1756) fué el primero que enlazó los sucesos europeos con los del extremo Oriente, y reveló la existencia de muchas naciones del Asia Central, de las cuales apenas se conocían los nombres. Anquetil Duperron, que había estado en la India en tiempo de la dominación francesa, dedicó su erudición al estudio de las religiones, y publicó los libros sagrados de la Persia y el *Upanischad* de los brahmanes (1771).

Un amor desinteresado á la ciencia indujo á los Alemanes á meditar sobre los descubrimientos hechos por otros y á aplicarles su crítica sutil y atrevida; con lo cual en breve llegaron á crear una ciencia nueva, la lingüística. Ya Leibnitz había proclamado elevadísimas ideas sobre la filología, y conocido en las lenguas los mejores auxiliares para la historia de los tiempos remotos y para averiguar las relaciones de los pueblos entre sí. Aumentáronse luego los conocimientos prácticos por los esfuerzos de cinco eruditos, uno de ellos Niebuhr, enviados por Federico V de Dinamarca á Arabia y Egipto para estudiar la historia y los monumentos de estos países. Pallas, en 1786, publicó su vocabulario de todas las lenguas del mundo: el Español Hervás en 1800 dió á luz el catálogo de los idiomas de las naciones conocidas, y despues Adelung, en 1804, imprimió su *Mitridates*. Mientras este, Freret y otros conocían el

(1) *Mundo primitivo, analizado y comparado con el moderno*, 1773-83.

verdadero partido que podía sacarse de la historia de Oriente para ilustrar la nuestra, los filósofos procuraban encontrar en ella orígenes de las ciencias y de la humanidad que desmintiesen la Biblia y se apresuraron á sacar consecuencias ántes de examinar la verdad de las premisas.

Hízose también que la numismática sirviese á su verdadero objeto, que es el de ayudar á la historia. Ecequiel Spanheim había ilustrado casi todas las partes de este estudio (1), pero despues de él se habían hecho muchos descubrimientos. Le Vaillant, con las doctísimas Memorias que presentó á la Academia francesa, acostumbró á esta ciencia á mayor rigor, especialmente en lo relativo á las series de reyes. Pellerin estudió las medallas autónomas, esto es, las acuñadas, por ciudades ó Estados, sin nombre de príncipe. Barthelemy, con mayor erudición, ilustró la paleografía. José Eckhel, jesuita austriaco, ideó la síntesis de toda la doctrina numismática; en los *Nummi veteris anecdoti* dió á conocer cuatrocientas medallas inéditas; además publicó el catálogo del gabinete de Viena y despues la *Doctrina nummorum* (1792-98), obra que comprende toda la numismática. Siguió el orden geográfico de Pellerin, mejorándolo; distribuyó las monedas romanas segun los fastos, discutiendo con crítica, ingenio y extensa aunque sobria erudición, por lo cual sus sucesores podrán corregirle algun desliz, llenar algun claro, pero difícilmente le quitarán la supremacía.

Domingo Sestini, de Florencia, se dedicó á la historia natural y á la numismática, estudios que amplió en sus viajes, que llegaron hasta el Oriente, que describió. Habiendo recibido del ministro inglés Ainstie el encargo de una colección de medallas griegas y romanas, se aficionó á estos estudios y publicó la geografía numismática (2), y despues muchas descripciones de museos y monetarios. En el *Sistema geográfico-numismático*, obra de catorce volúmenes en folio, que ha quedado inédita, describió todas las medallas conocidas.

El ardor con que estas se buscaban dió pábulo á la industria de los que las hacían falsas. Ya en 1565 Juan Cavino, llamado el Paduano, hábil grabador, en union con Alejandro Bassiano, fabricó medallas griegas y romanas, cuya hermosura las hacía muy buscadas de los aficionados. Otros imitaron este fraude, principalmente Parmigiano, Miguel Dervieux, Frances casado en Florencia, Casteron en Holanda, Corgonier en Lyon, que falsificó las rarísimas medallas de los treinta tiranos, Werber, Aleman muerto en Florencia, y Becher, el mas famoso de todos. El discernimiento de las verdaderas monedas de las falsas es hoy parte importantísima de la ciencia de la numismática (3).

(1) *De usu et præstantia numismatum antiquorum*. Roma, 1634, y Lóndres, 1706.

(2) *Classes generales geographiæ numismatica populorum et regum*. Leipzig, 1797.

(3) Véase nuestra Arqueología, cap. 8.

Spanheim. 1710.

J. Eckhel. 1710-98.

Sestini. 1650-1832.